

lenguaje de la izquierda para darle completamente la vuelta y dirigirlo contra los intereses de las clases populares y de la propia pequeña burguesía, que habiendo apoyado activamente al régimen se vio, sin embargo, abandonada en la cuneta una vez cumplido su papel.

Hay que aprender la lección política de la traición de la socialdemocracia alemana y de la paralela miopía suicida del Partido Comunista, que prefirió aliarse con los nacionalistas radicales antes que buscar un acuerdo de frente común con los socialdemócratas.

Otro tema interesante abordado también por la Macciocchi en su seminario es el de la adhesión masiva de intelectuales italianos al fascismo. No olvidemos que hombres de la talla de Pirandello, Malaparte, Ungaretti, Gentile, Marinetti, Papini y tantos otros fueron fascistas en algún momento de sus vidas y en algunos casos hasta el final. Este "seguidismo" de la intelligentsia italiana contribuyó sin duda poderosamente a la difusión del movimiento. Lo que no impide constatar, por otro lado, la tremenda vaciedad ideológica del fascismo, que no fue capaz de generar una auténtica clase dirigente política o intelectual.

El arte nazi y fascista recibe también en el libro una particular atención: desde el cine de propaganda, en el que colaboraron incluso hombres como Rossellini, hasta las artes plásticas—imperio del kitsch más reaccionario— y la arquitectura de colosales dimensiones propia de megalómanos. ■ JOAQUÍN RABAGO.

## MUSICA

### "La noche roja": circo y (poco) rock

Al estilo de las grandes giras que se montan por esos mundos occidentales, Miguel Ríos ha ideado y emprendido la creación de este aparatoso "show" llamado "La noche roja", que inició recientemente su andadura por Madrid y Barcelona, y que recorrerá igualmente numerosas ciudades de toda la Península, en concreto Valencia, Cádiz, Málaga, Alicante y Santan-

der. La idea, de por sí, merece cierto apoyo, al mover un contingente de artistas realmente importante y posibilitar, asimis-



Miguel Ríos.

mo, que muchos públicos, ávidos de buenos espectáculos, tengan opción de asistir a los mismos. El plantel de grupos y solistas de "rock" reunidos es de

una notable altura y popularidad: los conjuntos andaluces Triana y Guadalquivir; los catalanes Iceberg y los "centrales" Tequila, Salvador y el propio Ríos figuran como nombres "estrella" de los distintos carteles provinciales, que se completan con alguna que otra figura esporádica (como Ramoncín, Imán o Els Pavesos en el Puerto de Santa María, Málaga y Valencia, respectivamente).

Pero si "a priori" y en teoría todo parece adecuado e incluso estupendo, especialmente para el depauperado rock español, no ocurre lo mismo en la práctica, a juzgar al menos por la presentación oficial del "rollo", llevado a cabo en un campo de fútbol de la zona de Usera, en Madrid: muy prontamente se vio que el tinglado montado respondía a las necesidades expansivas y propagandísticas de una firma comercial de pantalones vaqueros; por otra parte, y esto es aún más grave, el concierto se extendió en errores de montaje de equipos y otros inconvenientes técnicos que no se supieron resolver, y que son de una

elementalidad primaria en esta serie de actos: un correcto servicio de orden, una fluidez en el ritmo del espectáculo y una mínima comodidad para los miles y miles de presentes. En ese "mare magnum" de fallos, la música (como era de prever) pasó a un segundo plano y apenas pudo ser saboreada en alguno que otro caso (Triana, Iceberg). Predominó la vertiente circense (igualmente pobre), con faquires y malignos rayos "láser" incluidos. ■ ALVARO FEITO.

## ARTE

*Hace un mes aproximadamente publicaba yo aquí mi última crónica, en la que anunciaba mi inminente marcha, por unos días, a Caracas, para asistir al encuentro de artistas, críticos y estudiosos de arte, que había convocado aquel Museo de Bellas Artes. Fui.*

### La Televisión se despierta un documento "histórico"

"Los principios inspiradores de la actividad radiotelevisora en nuestro país deberán ser la promoción, el respeto y la defensa de los valores de la democracia; el derecho a la libre expresión y la libre información; la difusión prioritaria de la cultura de los pueblos de España; el pluralismo político, religioso y social; la moral pública y el respeto a la vida privada de las personas".

Con este primer apartado para un nuevo Estatuto Jurídico de RTVE se ha definido el Comité de Empresa de RTVE en un documento donde se propone una alternativa democrática para el control y normal funcionamiento del medio de comunicación de masas de mayor importancia en nuestro país. Dicho documento ha sido ratificado por los Grupos Parlamentarios (a excepción de UCD) y convertido por lo tanto en un primer paso hacia la discusión abierta sobre las necesidades y obligaciones de nuestra televisión. Guillermo Galeote (Socialistas del Congreso), Rodolfo Guerra (Socialistas de Cataluña), Ramón Sala (Minoría Catalana), Iñigo Aguirre (Minoría Vasca), Pilar Brabo (Comunista), Donato Fuejo (Mixto) y Manuel Fraga (Alianza Popular) son los firmantes, junto con miembros del Comité Coordinador Estatal de Empresa de RTVE, de este documento que defiende el control estatal del medio porque "las funciones mencionadas jamás podrán realizarse plenamente en un sistema libre de empresa radiotelevisiva, donde los grupos de presión que la controlen busquen objetivos de explotación económica o de poder. Ello obliga necesariamente a que sea el Estado el que ejerza la función radiotelevisora, en régimen de monopolio, el cual deberá abarcar cualquier vehículo de comunicación utilizado: onda, cable, satélite..."

Es, sobre apartado, donde comienzan las especulaciones que justifican la ausencia de UCD en apoyo al documento, ya que puede suponerse que el grupo gubernamental tiene otros proyectos respecto a la privatización de los medios de televisión. Pero para evitar precisamente cualquier control gubernamental "y para que estos fines puedan cumplirse adecua-

damente se requiere la creación de un organismo autónomo de carácter estatal, desvinculado del poder del Gobierno en cuanto a iniciativas de programación, organización del servicio, fiscalización del gasto, etc... Todas estas actividades deberán ser controladas por un órgano democrático en el que deberán estar representados el Parlamento, los trabajadores del medio, la audiencia organizada democráticamente y la Administración".

Este Estatuto Jurídico, que deberá aprobar el Parlamento y redactar un Consejo Rector Parlamentario "de nueva planta", entendiéndose que "la opinión de los trabajadores de RTVE debe ser oída en todo momento" y que "mientras el Estatuto se debate y aprueba, este Consejo Rector deberá ejercer un control real sobre el medio", amén de aplicar estrictamente "las disposiciones legales vigentes sobre RTVE, muy en especial en lo que se refiere a la no alteración de la estructura orgánica y jurídica del medio", puede plantear un nuevo horizonte a la información y culturización de un medio de comunicación como éste, tan deteriorado por su falta, según dice el mismo documento, de objetividad, responsabilidad y utilidad. Radiotelevisión puede comenzar a abrir sus puertas al aire fresco y ocupar realmente el puesto que tiene en la democratización general de nuestro país.

En este sentido, el documento se pronuncia igualmente por el control de las nacionalidades y regiones autónomas sobre la programación, producción y emisión de sus centros de RTVE, y defiende la participación de dichos centros de producción en la confección de los programas de cobertura estatal. Otro principio a resaltar es el de "la regulación del acceso a RTVE, mediante un determinado porcentaje en la programación, de las distintas corrientes políticas, sindicales, culturales y religiosas".

El proyecto del Comité de Empresa de RTVE es el primero auténticamente serio y renovador. Estemos atentos a su desarrollo. ■

## Encuentro de artistas y críticos en Caracas

En más de una ocasión me preguntaron, allí mismo en Caracas, si yo consideraba útiles y productivos los citados encuentros. Respondí siempre que sí, que los consideraba muy útiles. Y no por lo que en ellos dilucidáramos o discutiéramos, pues cada uno llevábamos nuestro "rollo" o ponencia que se leyó y se discutió, sino porque todos nos encontramos, nos conocimos, tomamos una copa juntos y cambiamos impresiones.

En representación de España fue una delegación no corta. Como artistas fueron Juan Genovés, Rafael Canogar, Guinovart y Antonio Saura. Y como críticos y estudiosos fuimos Enrique Azcoaga, Angel Rodríguez Valdés (el de la galería Durban de aquí), Carlos A. Areán y yo mismo. Yo agradecí la presencia entre nosotros de Enrique Azcoaga. Porque, aunque creo que es el mayor de todos nosotros, su humor ponía siempre entre nosotros una nota fresca, que buena falta nos hizo en alguna ocasión. Nos hizo falta, sobre todo, después que uno de los nuestros, Carlos Areán, se lanzó, cuando nadie lo esperaba y sin que nadie se lo hubiera pedido, a una apasionada profesión de franquismo decidido. Yo no estaba presente en aquel momento; algo me había retenido fuera de la sala de conferencias. Cuando llegué, oí a Antonio Saura pedir la palabra para protestar, y ya pude atar los primeros hilos. Parece ser que la motivación inicial de Areán fue una defensa de Fidel Castro, pero, para legitimar en su concepto la actitud, consideró pertinente decir que él era franquista y yo no sé cuántas cosas más. Eso fue, me parece, lo que peor le sentó a Saura: defender a Castro a través de la apología de Franco. La verdad, eso sentó mal a todos: a los americanos y a los españoles (por supuesto, también a mí). Yo sentí que Carlos Areán saliera con esa "pata de gallina" que ya caracterizaba a todo lo suyo. Y hasta en ocasiones tuve yo que salir en defensa de Carlos, en reuniones de pasillo, recordando como, en una ocasión en que yo fui juzgado y condenado, Carlos Areán depuso en mi juicio, y depuso en mi favor... Pero el mal ya estaba hecho.

De todas maneras, sigo como ya decía desde el principio, lo más productivo de los tales encuentros fueron las conversaciones informales, al margen de la mesa. Había que ver, por ejemplo, a Juan Genovés y a Rafael Canogar rompiendo una lanza por un sindicato de artistas y por su sindicato de artistas de aquí... Y había que vernos a todos en Maracaibo, después de ver las instalaciones petrolíferas del lago, hablando con los artistas de allí en una exposición que nos enseñaron... En la mesa de discusiones me tocó a mí al lado de los críticos mexicanos Juan Acha, Ida R. Pramolini, Jorge A. Manrique y Berta Taracena. La presidencia de los debates la llevaba, muy bien, Marcos Miliani, director del museo, y René Berger (director de la AICA), con dos moderadores inapreciables, mi amigo el pintor Osvaldo Vigas y quien también llegó a ser mi amigo, Eduardo Robles Piquer (Ras, según le llaman allí, porque ése es su seudónimo), hermano de nuestro Carlos Robles Piquer, exiliado político y cuñado de Fraga, además de Rafael Pineda. Gran tipo, ese Ras, la lección de cuya amistad aprendí en este viaje.

Creo que a esos coloquios de críticos y de artistas se les llama "primeros". El orden ya está iniciado. ¿Habrá segundo? Me gustaría que lo hubiese. ¿Y dónde será el segundo, si es que lo hay? ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

## TEATRO

### Caracas: Teatro de las Naciones

Durante años, el Sarah Bernhardt, de París, fue el domicilio del Teatro de las Naciones. Todas las temporadas, gracias al esfuerzo de Claude Planson y de Julien, el hermoso teatro de la Place Michelet —frente por frente de otro teatro, el Michelet, la sede de los grandes éxitos de Luis Mariano— se abría a una selección de compañías llegadas de todo el mundo. En principio parecía un festival más, pero lo cierto es que el Teatro de las Naciones estaba concebido como una institución permanente —de ahí la presencia en cartel de cada compañía durante varios días, frente a las

dos o tres funciones que suelen darse en los festivales; de ahí, las publicaciones y un programa de cursos—, como el lugar de encuentro y estudio de las tendencias y espectáculos más significativos de cada momento.

El servicio que prestó el Teatro de las Naciones a la cultura occidental fue enorme. Fenómenos fundamentales, como el Berliner Ensemble, los montajes de Peter Brook para la Royal Shakespeare Company, los últimos trabajos de Piscator, el Workshop londinense que dirige Joan Littlewood, o la Opera de Pekín, se convirtieron, gracias en gran parte al Teatro de las Naciones, de París, en un material familiar y, hasta cierto punto, accesible para quienes jamás hubiéramos podido conocerlo en sus distintos lugares de origen. El Teatro de las Naciones, que necesitaba una subvención impresionante, tuvo, en un momento dado, las inevitables agonías. Alguien consideró que era demasiado dinero para el teatro, y la institución —que pensó por un instante en confiarle a Jean Vilar, ajeno ya al TNP, y figura cargada de prestigio, la dirección, como arma de defensa— entró en crisis. Pasado algún tiempo, se vinculó a Jean Luis Barrault, que remodeló en términos más modestos y cercanos a la concepción "temporal" de un festival, el Teatro de las Naciones. Hasta que nuevos problemas políticos y económicos volvieron a torcer una iniciativa estrechamente vinculada a los presupuestos de Francia y del Ayuntamiento de París. Se pensó entonces que, puesto que se trataba de un Teatro de las Naciones, la única salida —y el modo de repartir su costo— era atribuir ese título rotativamente a los más importantes festivales del mundo. Ello suponía, sencillamente,

el compromiso de tales festivales —que, de cualquier modo, iban a celebrarse— de enriquecer al máximo sus planteamientos culturales, tanto en la programación de espectáculos como en los debates y actividades paralelas. El Instituto Internacional del Teatro tomaba en sus manos una especie de patrocinio cultural, dejando que cada país organizador resolviera integralmente los problemas presupuestarios de la manifestación.

Paralelamente, el Festival de Caracas, un Festival jovencísimo —yo estuve en su primera edición, hecha al arrimo de los Festivales de Manizales y San Juan de Puerto Rico, en los que, al igual que en la manifestación venezolana, participaron Tabano y La Cuadra—, incrementada, gracias a la iniciativa del Ateneo, al tesón de Carlos Jiménez, su director, y, sobre todo, a las generosas subvenciones estatales, su fuerza, convirtiéndose rápidamente en el más resonante de América Latina y en uno de los primeros del mundo.

El hecho de que Venezuela, a excepción de Caracas, cuente con una reducida actividad teatral a lo largo del año, hace que algunos vean el Festival como una especie de lujo ocasional. A cuyos argumentos, otros oponen tanto el poder estimulante de la manifestación, en torno a la cual vive un amplio sector de la ciudad —que adquiere un nivel de cultura teatral—, como el hecho de que buena parte de los grupos, cumplida la actuación de Caracas, se presenten en varias localidades del interior.

Razones de fuerza mayor me han impedido estar en Caracas siguiendo las jornadas del Festival. Sé, sin embargo, a la vista del programa y de las características de la capital venezolana, que en ningún lugar del



"La hija del capitán", de Valle-Inclán, dirigida por Collado.